



BREVE HISTORIA

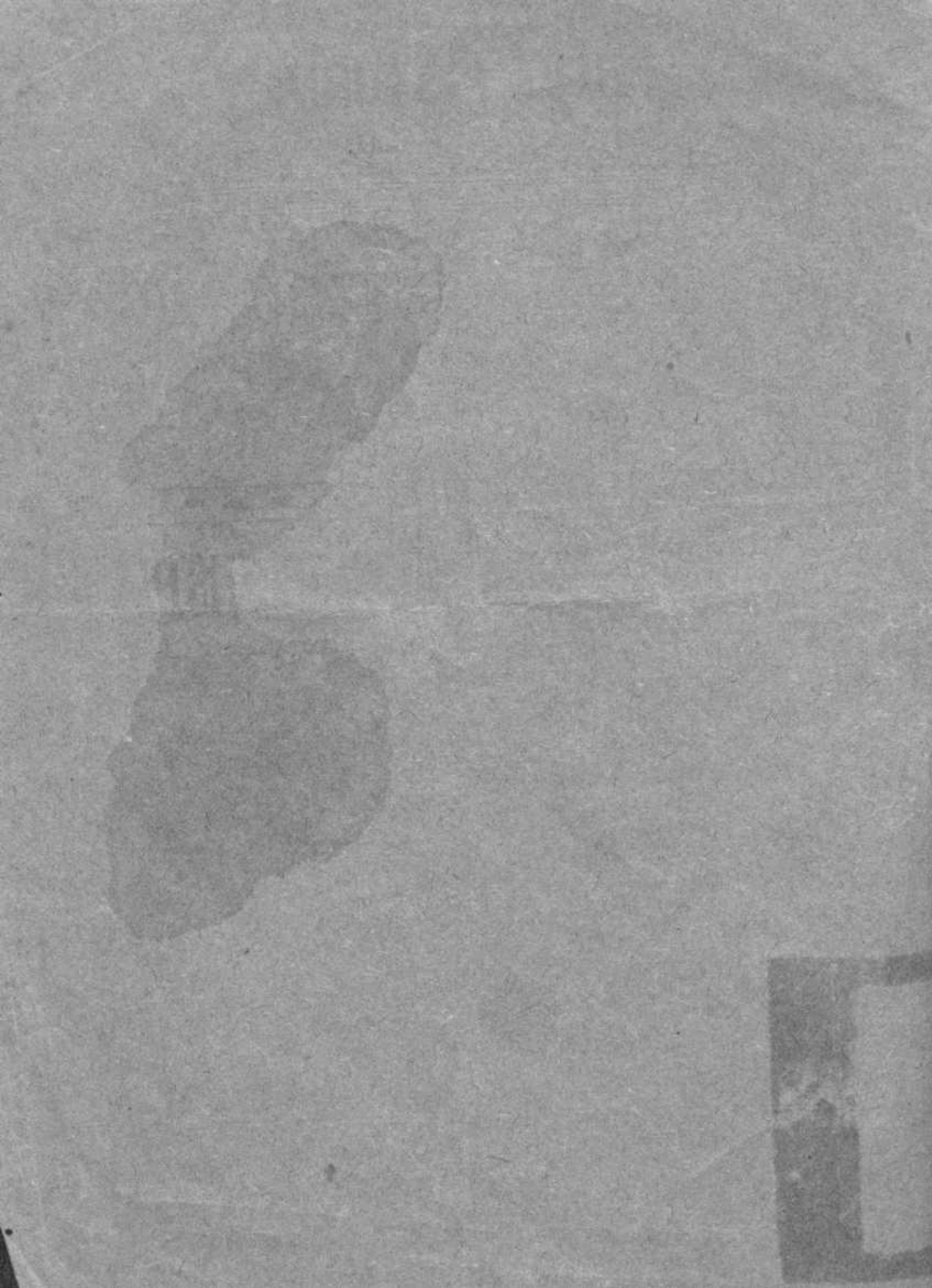
DEL

HOSPITAL DE SAN JUAN BAUTISTA

DE

BENAYENTE

G-F 1941





ORIGEN

La fundación de este Establecimiento benéfico se pierde en la oscuridad de los siglos. La primera noticia que de él se tiene data del año 1311, cuando la extinción de los Templarios, por adjudicársele las rentas del Convento. Lindando el Hospital con la Iglesia que fué de la orden, es presumible formara parte del edificio templario y acaso sirviera de enfermería.

Sea lo que quiera, sujeto á la ley de evolución biológica, en su accidentado desarrollo la niñez fué precaria y mísera, viviendo con mezquinas rentas, algún legado de almas piadosas y una onza de oro, que cada uno de los seis vecinos más principales de los que formaban el Patronato, entregaba al tomar posesión del cargo.

De esta manera pobre iba tirando hasta las profundas perturbaciones de la guerra de la Independencia, que, con el funesto favoritismo de Godoy, repercutiendo en todos los órdenes de la vida nacional, se encontró en trance de muerte; salvándole de esta grave crisis, verdadero sarampión de la infancia, el filantrópico Ayuntamiento de entonces, que, recabando el derecho de presentación de patronos, entonó el encanijado organismo con una administración pura y reconstituyente, mejorando las funciones caritativas en favor de los asilados.

VITALIDAD

En virtud de la ley de Beneficencia de 1849, artículos 3.º y 4.º del reglamento de 1852, se dió la real orden de 1855 declarándolo hospital de partido, con cargo á los fondos provinciales, quedando de esta suerte asegurada su subsistencia y vitalidad.

No obstante, el progreso era poco acentuado, cumpliendo muy modestamente su misión benéfica, supliendo la buena voluntad la deficiencia de medios. De mejoras y construcciones en el vetusto edificio, sólo vale la de un lienzo de nueva



planta, que vinieron á ocupar con sus manos más ó menos limpias las Hijas de la Caridad el año 1890.

Desde este instante cambió la faz del Hospital, entrando, por así decirlo, en la edad de las pasiones, ó sea en la explosión de la vida con nuevas orientaciones y más vivas impresiones.

La superiora Sor Clela en buena edad, ni manca ni pezosa, mujer de mundo y trato social, con grandes arrestos y nada preocupada, de mirada insinuante y palmito de seductor, se apoderó sin dificultad del santo y la limosna, á lo que la favoreció el reglamento de 1884, entonces vigente, que confería á las Hermanitas omnímodas facultades en el gobierno de los establecimientos benéficos de la provincia, que con la sutil sagacidad femenina avalorada por la novedad, captó la voluntad de los diputados visitantes y no visitantes, y embelesó á un pueblo superficial y bonachón; de modo que no tropezó con obstáculo material ni previa censura para intentar y llevar á cabo las modificaciones y reformas en el Hospital, que le vinieran en gana y le inspirara su genio especulativo y emprendedor, bajo la base de la Caridad..... *bien entendida*.

Empezó por limpiar y adecentar las dependencias, efectuó cambios y reparaciones en ellas, de poca entidad, pero de efecto para los profanos, que en estas cosas de los hospitales son el mayor número.

La Capilla, harto descuidada, fué lo primero que arregló á estilo jesuítico, estampando por todo el edificio el geroglífico J-S. que en buena traducción viene á decir: «Los Jesuitas tienen bastante teniendo á Jesucristo agarrado por los pies». Copiando admirablemente las hijas de San Vicente de Paul la provechosa máxima.

A más de la sugestiva perspectiva á la catalana en la Capilla, para el vulgo beato, á las personas distinguidas se les facilita cómoda entrada por el interior del Hospital; mientras que á los asilados se les obliga ir á la calle para asistir á los oficios divinos, con lo que resplandéce la caridad cristiana en el cuadro semimacabro que ofrecen con sus muletas y laceria.

Siempre la misma consecuencia: ¡A los pobres que los parta un rayo!

La monería de mística bondad femenina recatada por vitrina toca, adquiere tal fuerza atractiva, que no hay Padre, dignidad eclesiástica ó clérigo de campanillas, que haciendo estancia en Benavente, no vaya á celebrar en la linda capilla. La recíproca á tan señalada deferencia es el aromático soconusco, que servido por caras angélicas y en pulcrísimo *recibidor* es más dulce y sabroso que fruta de cercado ajeno.

Teniendo Sor Cleta la cabeza rapada, según prescribe la regla, como es natural, no tiene pelo de tonta, aunque con muchos pelos, ni tampoco desperdicio con sus muchas libras de peso para el negocio mundial; así que siendo rica por... la Diputación, puede hacer y hace en su casa-hospital mangas y capirotos sin encomendarse á Dios ni al diablo, ó sea á la higiene y á la arquitectura.

Ideó un día construir dentro del Hospital una escuela para *infantas* y el éxito fué tan positivo y brillante, que á las escuelas públicas sólo las quedó la pobretería. No porque en aquella aprendan las niñas más y mejor, sino porque viste más y es de mejor tono la hipócrita mogigatería.

Como se vé, con tanto hacer y reformar, el Hospital en su concepto clínico nada iba ganando; todo se encaminaba á dar utilidad y bienestar á las Hijas de la Caridad.

No existe gabinete de operaciones y éstas hay que practicarlas en las salas clínicas á presencia y con horror de los asilados; ni hay una dependencia donde poder aislar á un enfermo contagioso, dándose el caso de tener que llevar á los variolosos al depósito de cadáveres para *conmorir* en amigable consorcio enfermos y difuntos: en tanto, no faltan cuadras, pocilgas, gallinero, jardín, huerta y un buen lavadero, sólo para las Hermanitas, aunque ellas no lavan.

CATACLISMO

El diablo que todo lo enreda y siempre está mortificando á las criaturas predilectas del Señor, tentó un día al Presidente de la Diputación entrar á ver el rancho en un asilo benéfico, y atreviéndose á dirigir á la Superiora ó ranchera una pregunta sobre el *menu*, á no dudar indiscreta, no sé si la señora se pondría en asas; pero la contestación debió ser caliente, porque el Presidente salió ahumando y echando chispas; y fuera por hacer ver que Juana tiene marido ó porque el régimen de los establecimientos benéficos, arcáico y deficiente, reclamase con urgencia un reglamento más en armonía con los tiempos y las cosas, el caso fué que en Octubre de 1901 se aprobó el proyecto de reglamento presentado por el Presidente á la Diputación.

La necesidad de la reforma reglamentaria la justifica satisfactoriamente en el preámbulo, demostrando la falta de administración que existía al estar ésta encomendada á manos empíricas y antitéticas á su verdadero cometido, de lo que resultaba; que la Diputación *gastaba mucho y mal* en el ramo de la Beneficencia, corriendo la misma suerte la dirección, también á cargo de las Sores.

El articulado del nuevo reglamento bien estudiado llena cumplidamente el propósito, que debe inspirar el fin y objeto de la Beneficencia, y la proposición, admirablemente escrita, acredita la obra.

Para muestra, véase el párrafo siguiente: «Pues bien, pretender que la Hija de la Caridad, basta para cumplir objetos tan diferentes como los que abraza el servicio de Beneficencia, es renunciar de antemano á conseguirlo. Amalgamar y confundir la misión propia de las Hijas de la Caridad, que es el amor al prójimo, con la administración de los Establecimientos de beneficencia es imposible, y el daño de tan absurdo sistema, grande para la Diputación, lo es aún mayor para la provincia».

Verdad incontrovertible, que sólo la pasión de sectario, la estultez mogigata ó el egoísmo personal pueden desconocer y rebatir.

A este reglamento, sin otorgarle patente de perfectibilidad, nada humano es perfecto, hay que concederle la sana intención y el positivo resultado, si se cumpliera, y no lo hubieran anulado de hecho en la función más importante, la directiva, de llevar los servicios por corrientes racionales, apropiándolos al verdadero papel que cada empleado debe desempeñar, reduciendo al suyo á la Hija de la Caridad, que en Benavente, y creemos que en todas partes, todo lo absorbe y monopoliza.

La implantación del Reglamento en los comienzos del año 1902, cayó como una bomba en el hospital de Benavente, sembrando la alarma entre las beatíficas tocas, que vivían como el pez en el agua, felices y autónomas, en la mansión del dolor; lo que prueba lo precaria que es la dicha en este valle de lágrimas, y que cuando menos se piensa salta la liebre y un cataclismo, que sólo la Providencia, que vela por las escogidas, puede evitar y evitó.

VIDA NORMAL

El Sr. Director de los Establecimientos de Beneficencia provincial pasó al hospital de San Juan Bautista, para la promulgación del Reglamento y poner en funciones al personal; dándole instrucciones y encareciendo el cumplimiento de la nueva ley.

Todos los funcionarios se prestaron gustosos á secundar las aspiraciones del Reglamento, menos las Hijas de la Caridad, que, viciadas por corruptelas y añejos resabios, no se resignaban á perder el absoluto mangoneo dentro del Hospital, que venían disfrutando.

El médico tuvo el primer choque con las Hermanitas Sores al hacer uso de las atribuciones que le daba el nuevo Reglamento, advirtiéndolo á practicantes y enfermeros, que siendo él su jefe inmediato, disponía que uno de los dos enfermeros podía ausentarse después de servir la comida hasta la hora de dar la cena.

Sor Clea con sus *adjuntas*, recibieron mal este rasgo de liberalidad de conceder cada segundo día seis horas á estos esclavos blancos, ¡cuando tanto se declama por la jornada de ocho horas! y en señal de protesta se negaron á seguir propinando los medicamentos; conflicto que se resolvió pronto y con ventaja para los enfermos.

El interventor Sr. Celemín, persona formal é íntegra, llevaba á cabo con puridad su ministerio, enderezando entuertos y corrigiendo abusos. Restituyó al uso de los enfermos un patio de que las Hijas se habían incautado para que las colegialas jugaran al corro; cuidaba que las prescripciones del racionado se cumplieran con exactitud y las sustancias fueran de buena calidad. Con su gestión fiscalizadora descubrió que en el Hospital pasaban días y semanas sin entrar más pan y carne que lo que rezaban las libretas firmadas por el médico; lo que inducía á pensar en el fenómeno milagroso de que las Hijas se alimentaban como el Camaleón, ó se nutrían materialmente con la gracia divina, ó sea rezando.

También corrigió la costumbre de que la superiora recibiera el sueldo de las criadas y enfermeras, descubriéndose un gazapo, que olía á sisa de forma invertida.

Estos excelentes servicios le valieron al Interventor denuestos, insultos y la formación de un expediente, que afortunadamente no le ocasionó molestias ni quebrantos en su reputación, por ser entonces el visitador persona seria y decente y existir aún el Director.

Las cuitadas Hijas no se entregan á dos por tres, para vivir en la estrecha regla de San Vicente y sin el supremo mangoneo, que les quitaba el Reglamento; por lo que, con tenacidad y sin desmayos, pugnaban por volver la tortilla y quedar ellas encima.

Siendo la base del nuevo régimen el Director especial, que se había creado, para derribar el edificio, lo más recto y seguro era minar el cimiento.

Al efecto, los ángeles de Caridad de aquí, y las de Zamora, fomentaron el disgusto y aprovecharon astuta y arteramente las favorables disposiciones de la mayor parte de los diputados y de algunos de los empleados y funcionarios de los establecimientos, que se consideraban perjudicados unos, preteridos otros, y molestados todos con el nuevo régimen, y para

dar con él al traste, creyeron que el camino más corto era el de suprimir el Director, como efectivamente consiguieron que lo hiciera la Corporación, hace cerca de dos años, sin modificar el reglamento, que aún rige. Es decir, no rige, porque no puede regir; porque le falta la cabeza; porque para eso, para que no rija, ni sirva, ni estorbe para nada, y no tomarse la molestia de substituirlo *con otro mejor*, se le dejó sin vida, que esto y no otra cosa se buscaba al tomar el acuerdo incomprensible, é injusto, de suprimir el cargo de Director.

ARRIBA LA TOCA BLANCA

Suprimido el Director, desaparecido el interventor señor Celemín, retirado de la escena aquél visitador muy atento y condescendiente con las hijas de la Caridad, pero persona recta é ilustrada, no les quedaba á las pobrecitas Sores más que un pequeño estorbo para el monopolio del Hospital.

El quijotesco médico, aferrado al Reglamento y bisturí en ristre, en defensa de su Dulcinea, la terapéutica quirúrgica, reñía continuas batallas con las cómodas Sores, siendo la más agria manzana de la discordia el gabinete de operaciones, que, con intención más digna de suerte, quería aquél utilizar una habitación muy apropiada, ocupada por las hermanitas, y que á ellas no les era indispensable.

Pues bien, el tropiezo médico, tal cual se habían puesto las cosas, fué facilísimo eliminar con un puntapié de lo más indigno y ruin que se puede imaginar, gracias al vil caciquismo enseñoreado en la provincia, y que había conferido la dictadura en Benavente.

Resultado: Que las Hijas de la Caridad, en núm. de 13—7 más de las ajustadas—manejando como predio propio el Hospital de San Juan Bautista, lo explotan de mil maneras; lo han transformado en escuela de bellas artes, con pintura y música... celestial, donde también educa y cría Sor Clea sus sobrinos, hasta que les da colocación civil. Dentro del Hospital se festejó la boda de la sobrina Rosita con la exposición del *trousseau*, que por cierto había que ver.

Allí no hay más voluntad que la de Sor Clea, y el personal, la obedece sin contradicción, el que ha de ser á su gusto, y los asilados los que ella quiera. Así que hay muchos de estos dedicados á los quehaceres de la Casa y á los menesteres de las Hijas de la Caridad, que no son pocos, dadas sus múltiples atenciones ajenas á la beneficencia, cual es el coche, que se permiten estas humildes siervas, las visitas y demás santas ocupaciones ¿Para qué querrán un hermoso mastín?

Para dar más carácter y patentizar su arbitrariedad han

colocado en el frontis la herética víscera *Reinare*, poniendo la ceniza á la Corporación civil, á la que tampoco la dan cuenta de las limosnas que reciben á beneficio del Hospital.

A fuer de imparcial y justo he de manifestar, que la obra de caridad recogiendo del torno los niños abandonados para llevarlos á la Casa-hospicio de Zamora la desempeñan con verdadero instinto maternal; pero también cobran por partida doble: Ciento veinticinco pesetas, cantidad suficiente, les abona la Diputación, y el Ayuntamiento de Benavente les larga el momio de quinientas más.

Este afán de lucro me hacía cavilar en su empleo, y un conspicuo funcionario me apuntó la idea de que á otra parte iba á parar el gran sobrante de dinero que las Sores agenciaban; cuando en esto leí en un rotativo de gran circulación, que los Paules de Fuencarral vivían á cuenta de lo que las Hijas de la Caridad *robaban* en los hospitales. *Tableau* ¡Qué buena partida de bueyes, los mejores de la feria de las Candelas, lleva un lego de aquel Convento! que naturalmente se alojó en el Hospital.

ABAJO EL HOSPITAL

A medida que la ola invasora de las Hijas de la Caridad creciendo éstas en número iban absorbiendo las facultades del régimen del Hospital, éste transformado perdía su carácter clínico. La implantación de las de S. Vicente, falseando la regla, se convirtió en un tumor maligno, en cáncer, que había de acabar con la vida del Hospital.

Antes de arrojar del Hospital al médico, que luchaba por el fin benéfico de aquél y mantenía las prerrogativas de la Diputación, se le había reducido á un papel tan desairado, que se hacía difícil ó imposible sostenerse con dignidad.

Se dió el caso, que por exigencias de las Hijas, se despidiera á la enfermera mejor que ha tenido el Hospital, siendo muy llorada su ausencia por las enfermas, por un pretexto en el servicio sin contar con el médico, su jefe inmediato.

Apelando éste á la autoridad del Visitador-director, sufrió el mayor desencanto al ver que entregaba toda su representación á las Hijas, que han seguido usando y abusando en todos los órdenes hasta en el de nombramiento de empleados.

Tanto más notable este pernicioso ejemplo, cuando ya se había dado el caso con otro señor visitador, excesivamente complaciente con las Sores, hasta consentir las atrocidades, que quisieron hacer igual con la dicha enfermera y las paró los pies. Este visitador gozaba de las facultades de alma, mientras que el sucesor resultó abúllico, prestándose á ser

despreciable instrumento para decapitar al médico á quien había declarado irremplazable.

A tal punto llegó la decadencia y rebajamiento del concepto hospitalario por la supremacía de las Hijas, para sus fines lucrativos y placenteros, que allí hay que ver las grandes vacas holandesas ordeñadas á dos leches; los hermosos cerdos cebados con las sobras y faltas de las raciones de los enfermos; la multitud de aves, que dan á las Hermanas muchos y gordos huevos, que no sabemos dónde van ó dónde los meten; aquél su lavadero y jardines en que se consume más agua, nada barata para la Diputación, que en las necesidades peculiares al Hospital. Entre tanto el número de enfermos que precisa el Reglamento disminuían y los gastos de botica aumentaban.

Con la metamorfosis sufrida en la entidad hospital, sus funciones fundamentales estaban dislocadas ó relegadas á segundo término por las conveniencias y miras egoistas de las Hijas de la Caridad; el presupuesto *increscendo*, pesando como losa de plomo sobre el ruinoso Erario provincial, no podía por menos de determinar la catástrofe. La Diputación obligada á hacer economías, naturalmente había de fijar la atención donde se gastaba *mucho y mal*, y para atajar el progresivo déficit decidió cortar por lo sano, amputando el Hospital provincial de Benavente. No paró el golpe truculento un folleto que el Sr. Piorno publicó demostrando de una manera clara y evidente el modo de hacer economías, hasta la nivelación de los presupuestos, sin menoscabo de las atenciones benéficas. El caso era salir del apuro sin fijarse en los despilfarros de una mala administración. En el mismo Hospital de Benavente, donde se pueden hacer economías sin desatender las exigencias hospitalarias, se abonan á los médicos interinos, faltando á la legalidad, las 250 pesetas, que como gratificación por los muchos años de servicios se habían concedido al propietario; es decir, que la falta de compañerismo é incorrección profesional se recompensa inmoralmemente.

El golpe asestado al Hospital no tiene quite, porque á más de justificarlo, hasta cierto punto, la razón de que el órgano que funciona mal debe suprimirse. Benavente está desamparado, falto de apoyo tutelar ó político, que es igual; no tiene verdadera y genuina representación popular. En la Diputación no hay más persona que bulla, que el dependiente-administrador del cacicato benaventano; los demás diputados van detrás como ceros á la izquierda, y el árbitro de los destinos de un pueblo dejado de la mano de Dios, está entregado al cacicato zamorano á cambio de la plaza de médico del Hospital de San Juan Bautista, para un paniaguado suyo. Y como

es consiguiente, el cacique máximo y el de la Urraca, harán por Zamora, mientras que Benavente se quedará sin honra ni provecho, como vulgarmente se dice.

DESAHUCIADO

Las Hijas de la Caridad ni á la eficacia de la Medalla Milagrosa acuden para conjurar la tempestad y salvar sobrenaturalmente de la muerte al Hospital, como hacían *in illo tempore* con el amado médico, colocándole subrepticamente medallitas con que atraerlo á la *buena prensa*, y que rezara para curar mejor,

La superiora, que es mujer práctica, y de largo olfato, pronosticando el hundimiento inevitable del Hospital, sin fiarse en la Virgen, puso pies en polvorosa y se fué á Oviedo, á implorar del amantísimo Prelado la cesión del palacio episcopal, donde instalar el taller.

Graciosamente le fué otorgado el palomar, que ya está arreglando, con la rara habilidad de haber sacado los cuartos para las obras á las cándidas palomas.

«En tanto el mundo sin cesar navega,—por el piélago inmenso del vacío». Que dice Espronceda y yo afirmo, que Benavente rueda fatalmente al abismo, salvándose las Hijas que lo explotan á las mil varavillas y pereciendo el Hospital.

Dos tentativas ha habido para llevarnos á la famosa Sor Clea. ¡Qué lastima! La primera se venció poniéndonos todos los benaventanos de uñas, el médico del Hospital á la cabeza. La segunda tentativa fué un atraco frustrado, por cuyo feliz desenlace, á más de las funciones de desagravio, todos solícitos acudimos á dar el parabién á la triunfante Sor.

Tan grave es el estado del Hospital de San Juan Bautista, que constituye un caso desesperado, y para salvarle, un doctor que no es descendiente del célebre Garrido, se atreve á proponer lo que considera de imposible realización.

Siendo la causa principal de la enfermedad y muerte del Hospital las pícaras economías, con garantías suficientes en la prueba de un año, se compromete que con la mitad ó muy poco más de lo consignado al Hospital de Benavente, cumplir y llenar los servicios para atender y tratar los enfermos de que es capaz, y designa el Reglamento.

Las líneas generales del plan son las siguientes: Bajo la suprema inspección de la Diputación, el médico *suspenseo* se encarga de la dirección gratuitamente, si no hay sobrante en presupuesto de 20 á 25.000 pesetas. Con un médico auxiliar, un interventor-oficial, los mismos practicantes y enfermeros ó alguno más; dos señoritas de Sta. Isabel de las del Instituto



Rubio, en reemplazo de las Hijas de la Caridad, á las que el médico atropellado trató de enseñarlas á poner inyecciones hipodérmicas y dar el cloroformo, para que fueran útiles.

Las de Sta. Isabel se encargarían también de llevar los exósitos al Hospicio por las 125 pesetas, que hoy da la Diputación. El suministro de medicamentos adquiridos por el médico; todo con la aprobación de la Diputación ó un visitador independiente é imparcial; mejor fuera el suprimido Director.

Entonces sí que habría sala de operaciones, mesa é instrumental necesario, y se cumpliría lo afirmado por el señor Piorno, cuando fué Director, en su notable Memoria, donde dice: «El Hospital de Benavente tiene magnífica situación, y mucho sol, mucha luz, mucho aire y quizá más puro que ninguno otro de los establecimientos provinciales, dándose en él además la circunstancia, que le hace preferible para hospital de enfermos, de existir siempre más individuos, que realmente lo son, que en el de Toro y la de estar mejor situado por la distancia que le separa del de la capital como aconsejan la ley y la pública conveniencia. En las estancias de Benavente, es bastante numerosa la sección de cirugía general, y numerosísima, relativamente, la clínica de enfermedades de los ojos».

Para enfermedades de los ojos se habilitaría una dependencia de las que necesariamente quedarían vacantes y volvería la clínica oftalmológica á adquirir su modesto esplendor.

Pero ¡ay! que los sueños, sueños son...

Nulla est redemptio.

APÉNDICE

El Hospital de San Juan Bautista, convertido en embeleco clínico ha servido para muchas cosas ajenas á la Beneficencia. En él ha hecho presa el desenfrenado caciquismo, para colocar á panaguados y satisfacer bastardas concupiscencias. Así que la inmola- ción del viejo galeno Sr. Zotes, no sólo ha sido por la cara bonita de las Hijas de la Caridad, sino que han entrado los factores apuntados á consumir el sacrificio.

UN POCO DE HISTORIA

La reposición en la plaza de médico al Sr. Zotes en tiempo de las Hijas, ya la había poseído antes, fué un acontecimiento grato para éstas, que lo recibieron en palmitas y con gran contento. Transcurrían los años sin que la más leve nube empañara el cielo transparente y diáfano de la armonía y concordia entre Sores y médico; ellas con sus beáticos fanatismos y él con sus ideas francas y liberalotes, se entendían sin choques ni roces, ni reparaban en pelos de tan opuesto color. Todo se arreglaba transigiendo y no había incompatibilidades; mas la dicha es fugaz y con el tiempo se gastan y entibian los afectos más tiernos y acendrados, cambian las cosas, varía el genio y la figura; con los años el carácter se hace agrio y la cabeza se trueca en montaña fría y nevada, sin despedir chispas sugestivas los ojos apagados y tristes, en vez de fascinar.

Sin faltar jamás á la consideración y respeto á las Sores, ya no les toleraba el médico ciertos abusos místicos como el de castigar á un enfermo por no levantarse temprano para ir á misa. Sin dar la razón al enfermo, advirtió á la Sor que el objeto del Hospital era tratar enfermos sin distinción de ideas religiosas y políticas.

Otra vez, esta fué el protagonista el Capellán, arrebató á un enfermo *La Corres* ó *El Imparcial*, por impíos. Apercebido el mé- dico, le entregó al curioso lector otro periódico, advirtiéndole lo tratase con mimo por contener principios redentores y doctrinas esencialmente morales, tanto que el autor está padeciendo perse- cución de la Justicia: y es el mártir Nakers; el periódico era *El Motín*.

Claro está, que estas enterezas del médico habían de enojar á las piadosas Hijas y la cuerda se ponía tirante hasta saltar. Por añadidura, un estudiante de Medicina algo calavera, que en tiempo de vacaciones iba á practicar al Hospital, se entretenía con las Hijas jóvenes en dárlas palique. Una de ellas se interesó honestamente y para saludarlo puso por equivocación en el sombrero de un practicante un simple papelito que casi causó tanto extrago como el célebre de Alba en el partido democrático, porque lo encontró la mujer del practicante, y vamos, si dió lugar á bromas y cuchufletas, y al extrañamiento de la inocente paloma, que, por cierto, era buena hermana de la Caridad.

El mismo travieso estudiante se atrevió á saludar á las Hijas en tarjeta postal con el cromo de un gallo, símbolo de la pasión, especializando los cariñosos recuerdos á otra jovencita Sor. Aquí fué troya. Los atrevimientos ó las preferencias despertaron la santa indignación, y gracias á las reflexiones del viejo galeno de que los irresistibles impulsos del corazón, no escandalizando, deben respetarse, y en el caso de autos podrían tener por término la bendición en la Vicaría; con lo que se templaron las justas iras, no pasó nada entonces; pero la atmósfera se iba cargando de opuesta electricidad, preparando el trueno gordo, precedido de chispazos que las Hijas lanzaban sobre el paciente médico, que, falto de pararrayos y entregado á su conciencia y á su deber con la Diputación y los enfermos, había de sucumbir, porque corremos malos tiempos para que la justicia verdadera se cumpla.

Con motivo de una visita privada al Hospital del Sr. Gobernador con la *Higklife* ó Estado mayor político de Benavente, reinando la mayor cordialidad y alegría; en el *recibidor* hubo pastas, copas y una miajita de piano y por ende aplausos, admiraciones y enhorabuenas por tanto prodigio y hermosura. Sólo el médico muy cortesmente desentonó llamando la atención de algunas incongruencias y deficiencias hospitalarias, que después publicó en tono festivo sin ofender.

Así y todo, y sin agravios que desfacer y damas que defender, nuevo caballero andante con armadura chulesca se lanzó un Orlando Furioso por los campos de la prensa con un *ex-abrupto* insultante, arremetiendo ferozmente al médico.

Fué rechazado á lo yangües, y maltrecho y dolorido pidió

protección á sus compinches en caciquismo, para tomar fiera venganza por el desacato á la inviolabilidad parlamentaria y entre el diputado por generación espontánea, *persé* al soplo mágico de 40.000 duros. *liberae per accidens* con el fermento Calbetón, Requejo, Cid, Gobernador y alguno más, se decretó el crucifixit del señor Zotes en holocausto á las Hijas de la Caridad de Benavente y los amigos.

Inmediatamente le consumó el tartufo Visitador que aparentando gran dolor y aprieto, consultó la demanda de la suspensión sin motivo. La opinión del sensato é ilustrado abogado fué de no intentar semejante desafuero por ser *barbaridad* sin precedentes y, no obstante, por sorpresa é insana intención, embaucó á otros dos de los compañeros de la Comisión provincial, para acordar entre los tres, la suspensión ab-irato del médico del Hospital de Benavente por tiempo indefinido; lo que equivalía á fusilarlo por primera providencia.

De tal enormidad, la comisión en pleno, con excepción del Vicepresidente que era el protagonista de la *barbaridad*, protestó acordando volviera el atropellado médico al desempeño de su plaza. Debe advertirse que á los ocho días celebró sesión la Diputación y el Vicepresidente de la Comisión no dió cuenta de la suspensión y demás particulares, como es de necesidad, obedeciendo orden telegráfica. Primera burla y desprecio á la Corporación.

El Sr. Saúco, poncio liberal, liándose la manta á la cabeza, suspendió el acuerdo y dilató con subterfugios cuanto pudo, la alzada al Ministro.

Entre tanto ya habían empezado los trabajos de zapa para cortar los vuelos y gallardías del que es hoy Vicepresidente, que propuso el derecho al médico de repetir contra el acuerdo de la suspensión, para que se indemnizara de los daños injustamente inferidos.

La suspensión fué acordada el 15 de Noviembre de 1906, y hasta mediados de Junio de 1907 no se resolvió, en favor del médico y por ministerio de la ley, porque el Ministro no quiso poner sus manos en semejante porquería.

La orden se cursó por el alcalde de Benavente, escribiente del cacique ó su mamá, éste la guardó en el bolsillo y no se cumplió hasta el 31 de Julio, por requerimiento ante notario, pero con la

previa amenaza de volverlo á suspender á los dos días; lo que ejecutó con rigurosa exactitud el 2 de Agosto, su administrador, elevado á la categoría de Visitador.

No hay que decir, si el capricho de Polo, transmitido como mandato de su administrador á la Comisión, de que forma parte, fué atendido y defendido con argucias de leguleyo por el Vicepresidente. ¡No faltaba más, siendo componenda de caciques!

Esta suspensión se aderezó para ser más sabrosa con la formación de expediente. Motivos, razones, causas no hacen falta para atropellar por todo. Así que se apeló á los cargos imaginarios que ya estaban juzgados, por la misma comisión y robustecido el fallo por el Ministro.

El caso era quitar al vetusto y colocar á dos guapos chicos amigos de los caciques, dando con ello sumo gusto y placer á las Hijas de la Caridad. En todo esto se cometían ilegalidades é inmoralidades, como ser uno de los interinos hermano político del boticario del Establecimiento, y el otro tener que visitar él solo en otro hospital. ¿Si gozará del don de ubicuidad? Con otras anomalías y abusos de los que no se hacía caso como lógica consecuencia en el cúmulo de arbitrariedades cometidas con un funcionario de más de 20 años de servicios sin tacha, al contrario; mereciendo su buen comportamiento la recompensa de 250 pesetas, que bonitamente se mamen los dos angelitos.

Aunque el expediente parece de pura fórmula, con él se lastima la honra y dignidad profesional, como se lo advirtió al tribunal cuando fué á incoarlo, suplicando el médico que en buena ó mal hora le separasen de su destino, pero no le maltrataran con una felonía.

Allí se vió que la ética resplandeció, con la caridad evangélica de las Hijas, deponiendo contra su médico, sin razón, y arteramente arrastrando á cuatro infelices asilados, que por gracia especial están en el Hospital como servidumbre suya y dijeron lo que les mandaron, y al menguado interventor imitando tan repugnante conducta.

El resultado fué lo que quiso D. Pedro, Visitador, y administrador de la Condesa y que á él se le entregara el pliego de descargos. Replicando ¿que si á él ó al señorito Polo? sin cuyo permiso aquél no hará nada.

Tardó D. Pedro más tiempo del señalado en entregar copia del expediente al médico, así que éste envió á la Comisión los descargos. Se le previno que los cursara por mano del Visitador. Yendo en busca suya y estando ausente por tiempo indeterminado, mandó otro pliego de descargos á la Comisión con atenta nota de lo que ocurrió, porque el plazo de la tramitación del expediente era de un mes, é iba á expirar.

En esto, antes de la celebración de sesiones por la Diputación en Noviembre de 1907, se avistó el Sr. Zotes con D. Miguel Núñez, y le hizo notar lo feo del acto, y que siendo joven de porvenir, debía... Sí, el Acta y el *Porvenir de Zamora... ecco il problema*

Por fin, en una de las sesiones salió á relucir el desdichado expediente y no se pudo informar *porque el pliego por duplicado* de descargos unido el expediente no valía, sin haber pasado por las manos del administrador ó la Condesa; ¡Habríse visto salida más peregrina y burla más sangrienta!

Se presenta una proposición para separar al Sr. Zotes de la plaza de médico del Hospital de Benavente, y diez diputados contra cinco votan: no ha lugar. Entre los diez no hubo uno sólo de Benavente; lo que prueba la mentalidad que informa en este desluchado pueblo y la fiera independencia que goza. Todos borregos.

Preguntando á un diputado, que tuvo el valor de decir la verdad de que la incompatibilidad entre Hermanas y médico era debida á las Sores causantes de las perturbaciones en el Hospital de Benavente, contestó el interpelado: «Los Diputados están por Zotes; pero tiene el pleito perdido». Ateme V. esa mosca por el rabo ó por un diputado. ¡Qué honor para la Diputación!

Con más, estamos en Abril de 1908, y el médico sigue suspenso y el expediente duerme el sueño de los justos, para burla y esearnio de una Corporación popular, que se la desprecia tan soberanamente. Por fin, ha despertado de la horrible pesadilla, presentando la Comisión, incluso los individuos que declararon la inocencia del *justo*, la víctima propiciatoria en el balcón de Pilatos, para que reciba muerte afrentosa á principios de Mayo, que celebrará sesión la Diputación. Luego la herencia ferisaica se disputará en la renovación de cargos.

Harán bien los zamoranos en levantar, no una, sino varias

estátuas á sus caciques, asidos todos al emblemático y socorrido *embudo*, única ley que entienden y que practican.

Por lo demás, que continúe el baile, y que á los enfermos pobres, á los fondos de los desdichados pueblos, á la administración recta, honrada y equitativa los parta un rayo: los diputados tienen bastante con satisfacer á las exigencias de sus *amos* respectivos, y á las de las insaciabiles *hermanitas*, para las cuales la beneficencia provincial y sus establecimientos van siempre viento en popa y á la medida del deseo.

¡Qué atraso tan inconcebible, y qué responsabilidad tan tremenda!

A bien, que, como dijo el poeta: «el vulgo es necio, y pues lo paga»...

Amicus





